

Arrecife de Juan Villoro

Vértigo narrativo

Rosa Beltrán

En un universo cosmopolita, donde reina la imaginación de la violencia, Juan Villoro se ha convertido en una de las voces más sugestivas de la literatura contemporánea en nuestro idioma. En este texto, leído durante la presentación de Arrecife, su más reciente novela, Rosa Beltrán reflexiona acerca de los temas y horizontes de la narrativa actual.

El gran novelista Don DeLillo muestra en *White Noise* (*Ruido blanco*) un mundo en el que la verdad y el mito son indiscernibles. En ese universo no puede ya saberse qué es real y qué obedece a la leyenda. ¿Está lloviendo? pregunta un padre a su hijo adolescente quien como todos los adolescentes se empeña en llevarle la contra al padre con argumentos incontestables aunque absurdos. “No sé”, contesta el hijo. “Cómo no vas a saber: saca el brazo por la ventanilla; ¿llueve o no llueve?”. El hijo responde que eso depende: en un tiempo gobernado por las leyes de Newton, llueve, pero según la teoría de la relatividad bien podría no estar lloviendo, aunque ambos, en ese instante, se mojen. En esta novela, la realidad del pop y la contracultura ha sido inoculada con las verdades de la filosofía, la ciencia y el mercado de tal suerte que el conocimiento entre alta cultura y cultura del consumo logra confundirse y poner en tela de juicio aquello que considerábamos incuestionable. Lo que hace DeLillo, en realidad, es construir una parábola sobre la imposibilidad de la representación en la época posmoderna.

En *Arrecife*, de Juan Villoro, ocurre algo semejante. El autor ha reinventado la idea de paraíso vacacional al que los turistas extranjeros acuden para buscar (y en -

contrar) emociones extremas. Actos terroristas, secuestros *express*, violaciones fingidas cuyo éxito depende de que no parezcan fingidas, todo a fin de satisfacer la necesidad de adrenalina a la que el cine y los *realities* televisivos los han acostumbrado. O nos han acostumbrado. Pero, ¿realmente nos hemos acostumbrado a la violencia? No lo creo.

Desde las primeras páginas, el lector sabe que está frente a una novela a medio camino entre el realismo y el símbolo; el tema de la violencia como acto recreativo y como tótem de nuestra época es el motivo central para hacer una reflexión sobre la gratuidad del dolor, sobre la ética y la amistad en tiempos convulsos como los que vivimos. De modo que el tono de esta novela impone una distancia que nos obliga a experimentar la violencia como representación y nos impide experimentar la violencia como violencia.

Bajo la consigna de que “el peligro es el mejor afrodisíaco”, un ex cantante de rock, Mario Müller, administra La Pirámide, un *resort* inspirado en el Templo de las Inscripciones de Palenque en el que a diario se representan escenas que recuerdan a sus visitantes que, de todas las emociones negativas, el miedo es el único ins-



Juan Villoro

tinto al que la sociedad de los fármacos y la euforia no está dispuesta a renunciar.

“Ofrecemos algo más que un deporte”, dice Mario Müller al protagonista, Tony Góngora, amigo de su juventud y ex integrante del grupo Los Extraditables al que ha contratado para musicalizar los movimientos de los peces en un acuario. “Ofrecemos turismo extremo. Estamos en una zona guerrillera. De vez en cuando los turistas tienen contactos con supuestos rebeldes. Se llevan algún susto y todo vuelve a la normalidad... ¿No te parece un logro? Sandra ayuda a entrenarlos: no es fácil representar la violencia”.

Lo primero que uno se pregunta ante una novela así es por qué alguien querría representar la violencia y por qué otro pagaría por asistir a esa representación, si en un país como el nuestro la encuentra de sobra en la realidad todos los días. Pero entonces uno se detiene para darse cuenta de que ha caído en la trampa. En un país como el nuestro la realidad es lo más difícil de encontrar. “El tercer mundo existe para salvar del aburrimiento a los europeos”, dice Mario. “Lo que para nosotros es horrible para ellos es un lujo”. Y esto es verdad. ¿O no acuden los turistas extranjeros a Teotihuacán para oír hablar de sacrificios humanos y no van a la zona maya para oír hablar de princesas enjoyadas y sacrificadas en cenotes? ¿Qué pasaría si en una visita turística el guía *nunca* hablara de esto?

Recuerdo una vez que asistí en Uxmal al espectáculo de luz y sonido en que una voz en *off* contaba antiguas leyendas mayas tomadas del texto de Médez Bolio.

Detrás de mí había una pareja de gringos acompañados de dos hijos, de unos siete y diez años. Mientras la voz relataba la historia de la princesa Sac Nicté o hacía menciones a la sabiduría de aquella civilización que conoció el cero antes que muchas otras y miraba los astros como si los tuviera en la palma de su mano, la familia conversaba, comía golosinas que extraía de ruidosas bolsitas de celofán, retozaba, peleaba y se contentaba sin tomar en cuenta que había pagado por conocer esa historia y sin considerar que los otros pudiéramos conservar ese interés. De pronto, se apagó la luz. En la oscuridad sonaron unos caracoles al tiempo en que una cinta de neón hizo aparecer serpientes esculpidas en piedra que surgían de forma bastante dramática. La familia de gringos se animó. La voz que se había mostrado cordial, se tornó siniestra. “Kukulkáaaaa...”, repetía, como desde el más allá, “Kukulkáaaaa”. “¡Peter Pan!”, gritó el hijo menor y sus padres asintieron: “¡Peter Pan, pero con sacrificios humanos!”. La familia guardó silencio, fascinada. Se podía sentir la emoción de quien ha pagado por oír la historia que quiere oír y, por tanto, mientras reciba su dosis de horror no será defraudado.

De modo que a través de la ironía, Juan Villoro vuelve a llevarnos por esa línea delgadísima entre la verdad y su hipérbole a la que recurre para mostrar el absurdo de la condición humana.

Arrecife es casi un cómic *manga* y es al mismo tiempo una fantasía gogoliana sobre los tiempos que corren. Este centro vacacional que oferta peligros controlados es un emblema de los valores de la mundialización. El

miedo como espectáculo y aliciente; el lavado de dinero y la contabilización fantasma como negocio.

“¡Bienvenido al mundo real, Tony!”, dice Mario al amigo que ha perdido la memoria y acude a La Pirámide para recobrarla y reencontrarse. “Los hoteles abandonados son un espléndido negocio. ¿Has visto los edificios de la Costera? Ahí viven ratas, tejones, las gaviotas hacen nidos en las azoteas, pero oficialmente están llenos. Es la mejor forma de lavar dinero. He aprendido mucho con los ingleses. Ellos inventaron los paraísos *offshore* en sus antiguas colonias. Te doy un dato del *Financial Times*: el 10 por ciento de todo el blanqueo de dinero se hace desde Londres. Los hoteles quebrados son perfectos para simular inversiones y llevar una contabilidad fantasma. ¿Leíste *Almas muertas*?

—Sí.

—Yo no, pero me la contaron. Ésta es la continuación. *Turistas muertos*. En Rusia podías cobrar por siervos muertos, aquí cobras por habitaciones vacías. El dinero de la venta de armas, de la trata de blancas, del narcotráfico no puede llegar así como así a un banco, necesita dar un rodeo.

En efecto, en la novela de Gógol, el personaje central, Chíchikov compra los nombres de siervos muertos y mediante sus visitas a distintas propiedades muestra la decadencia de la Rusia zarista a través de los prototipos de un sistema feudal en decadencia. En *Arrecife*, Juan Villoro hace un muestreo semejante de hábitos y negocios siniestros pasados por el tamiz de la legalidad: el derecho al ocio, el bienintencionado negocio del turismo, industrias que nacieron apenas en el siglo XX. Y aunque en esta novela es difícil saber quién miente y quién no o de qué lado están el mal y el bien, por momentos la trama policiaca deja ver que donde quiera que estén, nadie saldrá ileso. Ni siquiera el lector, que no puede hacerse una idea completa del sentido de lo que ocurre. De modo que la razón de existir de este centro vacacional es en realidad ¿el lavado de dinero?, ¿la venta de droga oculta en cuevas submarinas?, ¿la trata de blancas?... , pero las posibilidades aumentan en la medida en que uno avanza en las páginas. Así que no estoy diciendo mucho si digo esto. Y dado que esta novela es a fin de cuentas un thriller, el misterio crece con la aparición del primer muerto. O de dos. O de una serie de caminos e incógnitas que nos hacen ver que igual que en *Bajo el volcán*, pase lo que pase, el tema del viaje del protagonista al corazón de este país descorazonado y descorazonador es más que una denuncia una vía para el autoconocimiento.

Sobre la capacidad de inventiva y la construcción de frases que son citas citables en sí mismas, no abundaré. Las novelas de Juan, como tanto se ha señalado,

son un compendio de aforismos. De modo que no creo traicionar el espíritu de *Arrecife* si sugiero un modo de lectura alterno, que consiste en abrir el libro al azar como hacen los protestantes con la *Biblia* a fin de acicatear la imaginación en busca del soplo divino, pues Borges nos recuerda que según la *Biblia* misma el espíritu so - pla donde quiere.

Al vértigo de esta narración súper contemporánea, súper ingeniosa, escrita con tan mala leche, se suma una última virtud. Por su complejidad y exigencia al terminar de leerla uno se siente más inteligente. Las novelas de Juan tienen este raro efecto: hacer que el lector se sienta inteligente después de leerlas. Muy probablemente el cambio experimentado no sea más que otro espejismo. En todo caso, el viaje por la lectura y la impresión final bien valen la pena. **u**

Texto leído en la presentación de *Arrecife* de Juan Villoro el 24 de mayo de 2012, en la librería Gandhi, sucursal Mauricio Achar, de la Ciudad de México.

JUAN VILLORO

Arrecife



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas